

BOLETIN
DEL
INSTITUTO CARO Y CUERVO

AÑO IV

ENERO-ABRIL 1948

Número 1

DON RUFINO JOSE CUERVO *

Señores académicos: No podía rehusar la honra que me dispensásteis de tomar parte activa en estas reuniones, encargándome de hacer una de las conferencias reglamentarias. He vacilado en la elección del asunto, en mi deseo de hallar uno que pudiera interesaros, aun tratado en una forma somera y sencilla, única que me permiten las circunstancias. Voy a ponerme al amparo de un pabellón ilustre para disimular la pobreza de la mercancía: voy a deciros algunas palabras sobre nuestro gran filólogo don Rufino José Cuervo.

Casi a un mismo tiempo nacieron en Bogotá dos varones, destinados a ser las mayores glorias literarias de Colombia en la segunda mitad del siglo XIX: Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro. Ambos eran bogotanos auténticos, y procedían de hidalga y española estirpe. Caro tuvo por padre a don José Eusebio, uno de los grandes poetas románticos. Cuervo fue hijo de don Rufino, diplomático y hombre de Estado, que llegó a ser vicepresidente de la Nueva Granada. Por cierto

* Conferencia leída en la Academia de Guatemala el 22 de abril de 1933. Es desconocida en Colombia, aun cuando fue impresa en el número 2º de las *Publicaciones de la Academia de Guatemala*, que a muy pocos literatos llegaban. Por eso se publica ahora, casi con carácter de inédita. Don Antonio dio una copia, cuidadosamente corregida, al Padre José J. Ortega Torres S. S., con destino al tomo undécimo del *Anuario de la Academia Colombiana*, todavía no editado. Dicho padre nos ha facilitado esta copia, que acogemos como un homenaje a la memoria del ilustre Maestro Gómez Restrepo.

que esta identidad de nombres entre el padre y el hijo dio ocasión a una confusión muy graciosa de un gran diccionario enciclopédico español, que, haciendo de los dos personajes uno solo, cuenta que hubo un Cuervo famoso que dedicó la primera mitad de su vida a la política activa, hasta alcanzar los más altos puestos; y que, ya en la vejez, desengañado probablemente de las luchas ardientes de los partidos, se había dedicado a los estudios filológicos, publicando obras que le dieron una reputación universal. El caso resultaba curioso, y extraordinaria la personalidad que experimentaba tan extrañas metamorfosis, y, en las postrimerías de una existencia casi centenaria, producía tan espléndida cosecha intelectual.

Para apreciar en todo su valor la importancia de hombres como Cuervo y Caro, y como los muy eminentes que en los demás países de la América española brillaron después de la independencia, hay que tener en cuenta las circunstancias impropicias en que se formaron. Porque en ese largo período en que estas repúblicas, agitadas por movimientos convulsivos y faltas de experiencia, oscilaban entre la anarquía y el despotismo, poco o ningún estímulo hallaban los espíritus superiores, que se complacían en frecuentar los serenos templos de la sabiduría. El aislamiento en que vivían estos pueblos era grande, por la dificultad y lentitud de las comunicaciones; el que quería estar al tanto de las novedades científicas y literarias, tenía que esperar largos meses, antes de hallarse en posesión de la revista o del libro que le interesaban. Nuestros grandes sabios fueron, en mucha parte, autodidactos. Cuervo y Caro se educaron en buena escuela, pero como filólogos se formaron a sí mismos; sobre todo el primero, que se consagró exclusivamente a estos estudios, pues el segundo fue un insigne polígrafo, y su actividad se ejerció en los campos más diversos, escribiendo con la misma pluma la traducción de Virgilio y la Constitución que desde hace medio siglo rige en Colombia.

Hay que considerar además, que tanto Cuervo como Caro tuvieron que luchar con circunstancias adversas. Sus familias habían venido a menos, por causa de las guerras civiles y de la caída de su partido. Cuervo, que tenía más sentido práctico

que su colega, comprendió que, para poder dedicarse por entero a la ciencia, debía crearse previamente una posición desahogada, y se convirtió en industrial. Rasgo es éste muy propio de nuestros países, en donde los hombres tienen que hacer de todo, según lo exijan las circunstancias. En Europa hay una más metódica división del trabajo. ¿Se concibe a Litré, por ejemplo, fundando una fábrica de cerveza? Pues eso hizo Cuervo, en asocio de su hermano don Angel. Con modestos recursos y con algunos conocimientos talvez más teóricos que prácticos, se fundó la "Cervecería de Cuervo", la segunda que hubo en Bogotá. Su producto nos parecería hoy, probablemente, muy poco aceptable; pero en aquellos tiempos fue estimado como excelente. Y la empresa prosperó con rapidez; y era de ver a don Rufino presidiendo personalmente las operaciones de manipulación de la cerveza, y aprovechando los ratos de tregua para ir anotando, al margen de un volumen de la *Biblioteca* de Rivadeneira, los ejemplos que juzgaba aprovechables para las obras con que ya soñaba. Así nació el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*.

Si el padre de los hidalgos cerveceros hubiera podido contemplarlos en medio de esas faenas, se habría complacido al ver la fidelidad con que sus hijos habían seguido el consejo que les dio en ocasión memorable. Cuentan ellos en la biografía que escribieron de don Rufino, que siendo niños, oyeron decir con insistencia que en un cuarto oscuro de la casa paterna había enterrado un tesoro de la época colonial; y seducidos con tal perspectiva, se proporcionaron instrumentos, y comenzaron a abrir un foso en el sitio que les habían indicado. Cuando ya el hoyo estaba bastante profundo, entró inesperadamente en el cuarto el grave don Rufino, y cuando los niños lo enteraron, no sin confusión, de la empresa que tenían entre manos, les dijo: "Cierren inmediatamente esa excavación; si quieren tener dinero, búsqenlo, no debajo de la tierra, ni confiados en un encuentro casual, sino luchando con la necesidad y por medio del trabajo honrado". Casi medio siglo después, los hermanos Cuervo recordaban en la introducción a la biografía de su padre, que a ese consejo debían la fortuna

de vivir tranquilamente en París y de poder consagrar a la memoria venerable de su progenitor el monumento de amor filial que representan los dos grandes y magníficos volúmenes de esa obra histórica.

Tanto Cuervo como Caro dieron ejemplo de precocidad en géneros que no se prestan a la improvisación. Porque en poesía ha sido muy frecuente en América el caso de grandes poetas que han dado cuanto tenían que dar de sí, antes de cumplidos los treinta años; pero los estudios eruditos requieren un dilatado cultivo. A los veinticinco años, Caro tenía ya lista su magnífica traducción de Virgilio, y Cuervo la primera edición de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Producir en la primera juventud obras como éstas, destinadas a enriquecer el acervo de la lengua y la literatura españolas, es una gloria envidiable.

Los dos amigos, a quienes se podría calificar, con frase virgiliana, de *arcades ambo*, se unieron en esos mismos años para la redacción de una obra importante, cuya falta era notoria para el fomento de los estudios clásicos, y publicaron una gramática latina, que todavía, a fines del siglo, conceptuaba la Academia Española como la mejor que hasta entonces se había publicado en nuestra lengua. Cuervo redactó la analogía y Caro la sintaxis; y en una y otra hay, no solamente una exposición verdaderamente didáctica, sino observaciones originales, en que se revela, ya la potencia de análisis de Caro, ya la ciencia de Cuervo en filología comparada.

Puede decirse, para orgullo de este continente, que la ciencia filológica, durante el siglo XIX, floreció más en América que en España, a excepción, naturalmente, de los trabajos de los arabistas, en que no había competencia. Entre los muchos e insignes cultivadores de los estudios gramaticales — uno de ellos fue vuestro gran polígrafo don Antonio José de Irizarri — se levantaron dos astros de primera magnitud, que iluminan el largo espacio que media entre la publicación de la *Gramática* de don Vicente Salvá y la organización de la escuela de romanistas que preside don Ramón Menéndez Pidal: el uno es el caraqueño don Andrés Bello, llamado con justicia el patriarca de las letras americanas; el otro es el bogotano don

Rufino José Cuervo, a quien Menéndez y Pelayo calificó como "el filólogo más grande que la raza española produjo en el siglo XIX". Los nombres de los dos maestros quedaron unidos en la genial *Gramática* del primero, que Cuervo enriqueció con adiciones que duplicaron su volumen y su importancia.

Las *Apuntaciones críticas*, no obstante su modesto título, que parecía indicar una obra de carácter local, contienen mucho más de lo que prometen, y fueron objeto de estudio y de imitación en toda la América española. A su ejemplo surgieron muchas obras, destinadas a estudiar los provincialismos de los países respectivos, y a corregir los vicios introducidos en nuestro idioma por la ignorancia, o por un instinto selvático de independencia, o por una inmoderada afición al vocabulario extranjero. Representan las *Apuntaciones* un movimiento de concentración en torno al tipo castizo de la lengua española, y su publicación fue muy oportuna, porque sirvió de correctivo a la tendencia disociadora que se manifestó en varios países de América, y que algunos tomaron como una segunda guerra de independencia contra España, hasta llegar en la Argentina escritores eminentes, como don Domingo Faustino Sarmiento y don Juan María Gutiérrez, a rehusar acatamiento a la autoridad central del idioma, representada por la Academia Española, y a propender por la formación de una lengua nacional, que habría tenido que constituirse con los despojos de la fraseología gauchesca y de los varios idiomas que se hablan en una ciudad cosmopolita como Buenos Aires. Un mal entendido orgullo nacional ofuscaba a esos hombres, para hacerles creer que es preferible tener un lenguaje exclusivo a formar parte de la vasta confederación de pueblos que se expresan en el idioma de Cervantes.

El libro de Cuervo obtuvo grandes elogios de eminencias europeas. Lo honró el insigne Hartzzenbusch en una larga y erudita carta; y lo elogiaron en sendas epístolas el grande orientalista holandés Dozy y el formidable filólogo alemán Pott, quien, haciendo uso de la lengua latina y jugando del vocablo con el apellido del autor, le declaró que la existencia de un hombre tan sabio en un tan lejano país, le parecía tan rara como la aparición de un cuervo blanco. Y el grande roma-

nista francés Morel Fatio tributó a don Rufino, en diversas ocasiones, los más altos elogios.

En ediciones sucesivas, Cuervo dio mayor amplitud a su trabajo, incluyendo en su campo de observación las variedades dialectales que se observan en diversas regiones de España, y los provincialismos de toda la América española. No redujo la lengua al tipo solo del léxico oficial, sino que exploró también el lenguaje popular, y con su fina crítica legitimó palabras y giros que se habían considerado como incorrectos. Entre la primera y la última edición de las *Apuntaciones* no hay contradicción, sino ampliación, de criterio. El que defendió primero la unidad de la lengua, abogaba luego por los legítimos fueros de los pueblos que forman la confederación hispánica. Las naciones americanas pueden y deben aportar al caudal del idioma, no solamente nombres de productos exóticos, sino expresiones y giros que no riñen con la índole del castellano, pero sí corresponden a diferencias características entre peninsulares e hijos de América. Muchos de esos términos, de uso general en el continente, pueden remontar su abolengo hasta los viejos cronistas de Indias, en cuyas páginas hay tesoros de lengua clásica.

Cuervo, en la última edición de las *Apuntaciones*, anunció que tenía en vía de ejecución una obra que se titularía *Castellano popular y castellano literario*. Por lo que pudo rastrear de ese proyecto, desgraciadamente no realizado, escribió el doctísimo filólogo alemán Lenz, que tal obra "representaría una verdadera transformación de los estudios lingüísticos sobre el castellano"¹.

En sus últimos años consideró Cuervo como posible que, con el rodar de los siglos, en un futuro muy remoto, ocurriera con el español lo que aconteció con el latín a la caída del imperio romano, es decir, que se descompusiera, para dar nacimiento a nuevas lenguas. Y el gran cultivador del idioma contemplaba con melancolía esa lejana y tal vez milenaria pers-

¹ Este trabajo vio la luz pública en el volumen I de las *Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo*, titulado *Obras inéditas de Rufino José Cuervo*, editadas por el P. Félix Restrepo S. J., Director del Instituto.

pectiva, que comparaba con la puesta de un espléndido sol de gloria. No llevó a bien don Juan Valera esta opinión conjetural, y la combatió con su habitual modo de discutir. Replicóle Cuervo en tono no muy suave, desconociéndole a Valera autoridad científica, sin detrimento de sus altísimos méritos literarios. La polémica no pasó adelante, ni alcanzó los tonos agrios a que hubiera podido llegar, porque Cuervo, no obstante su perfecta educación de caballero, no era un modelo de mansedumbre.

Es curioso observar que las discusiones gramaticales y filológicas suelen ser particularmente violentas. Celebérrimas fueron las de los gramáticos del Renacimiento, apellidados por Nisard los "gladiadores literarios". Menos brutales, pero todavía feroces, fueron las de los humanistas españoles del tiempo de Forner, de Gallardo, de Martínez López, de Hermosilla. Cultísimas, pero llenas de una ironía demoledora, fueron esta de Cuervo y la que Caro sostuvo con el escritor cubano don Juan Ignacio de Armas, a propósito de las *Apuntes críticas*. Lo del *genus irritabile* puede aplicarse, no solamente al gremio de los poetas, sino a los cultivadores de otras más apacibles disciplinas.

Por lo demás, la opinión de Cuervo y la contraria son hipótesis cuya exactitud comprobarán generaciones apartadas de las nuestras por centurias y quizás por milenios. ¿Quién puede predecir lo que serán nuestros países cuando, poblados por millones de habitantes, sean grandes potencias, con ideas, sentimientos, aspiraciones y propósitos muy distintos de los nuestros? Los romanos que establecieron las primeras colonias en Francia y España, ¿pudieron soñar lo que el destino guardaba a estas dos naciones? La teoría de Cuervo tiene a su favor el antecedente de la lengua del Lacio, y la ley biológica que preside al desarrollo, decadencia y desaparición de los organismos vivientes, que mueren para dar nacimiento a otros seres. Las lenguas imperiales pueden correr la suerte de los grandes imperios. Alguien objetó — creo que en la Argentina — que si el castellano estaba destinado a desaparecer, no valía la pena de cultivarlo con tanto esmero como recomendaba y practicaba el propio maestro; a lo cual Cuervo replicó, en carta a don

Ernesto Quesada, con esta frase gráfica: “No porque sepa uno que su cuerpo ha de ser pasto de gusanos, deja de asearse y de aderezarse lo mejor que puede”.

Le resultó a Cuervo un adversario póstumo en la persona del padre Juan Mir y Noguera, hermano del académico don Miguel y autor de enormes librotos, unos de apologética, otros de curiosidades gramaticales. Fue un caso de monomanía, digno de ser estudiado por vuestro sabio colega el doctor Mora. Nada para él era suficientemente castizo. Y esta preocupación fue creciendo, y llegó a ser tan dominante, que lo llevó a extremos ridículos. En un librito llamado *El centenario quijotesco*, único pequeño entre los que escribió — porque los restantes son artillería pesada como las culebrinas que se usaban hace cien años —, llegó a decir que no hallaba motivo para tanta fiesta, porque Cervantes como escritor no valía lo que Pineda, Gallo y Cabrera, y el *Quijote* podía darse por cualquiera de las obras de estos autores. Para él fueron grandes galicistas y pecadores contra la pureza del idioma cuantos insignes escritores hubo en España y en América, del siglo XVIII en adelante. Nadie se libró del anatema. Empezó haciendo grandes elogios de Cuervo, pero más adelante escribió que era una fortuna que se hubiera muerto sin dar cima a su *Diccionario*, seguramente por estar lleno de concesiones heréticas a los galicistas. Yo escribí entonces un artículo en que reproché al padre Mir un sentimiento tan poco cristiano; combatí su insensato exclusivismo, que pretendía paralizar el idioma y reducirlo a un tipo único, insuficiente para la expresión del pensamiento moderno; le recordé que Carlyle había escrito que, si Inglaterra tuviera que escoger entre perder su imperio colonial o perder a Shakespeare, debía optar por lo primero; mientras el padre estaba dispuesto a feriar la gloria de Cervantes en homenaje a Pineda, Gallo y Cabrera, que pueden ser, y son efectivamente, modelos de bien decir y archivos de lengua clásica, pero cuyos escritos representan poco al lado de la obra maestra del sin par creador del *Quijote*. Y finalmente, combatí al padre Mir con el propio padre Mir, sacando, de sus libros anteriores, términos de los que él condenaba en otros escritores, y frases que un clásico no hubiera podido entender;

prueba clara de que nadie logra cerrarse en absoluto a toda influencia del ambiente en que vive. Yo agregaba: si el padre Mir es tan gran pecador como de estos ejemplos aparece, ¿quién lo ha autorizado para ejercer de pontífice máximo y lanzar anatemas contra todo el mundo? No contestó directamente el padre Mir: lo hizo uno de sus familiares; pero no pudo desvirtuar la fuerza del argumento *ad hominem* con que lo había combatido. Del padre Mir y de sus congéneres dio buena cuenta el egregio hispanista Morel Fatio, en un párrafo desdeñoso del bello artículo necrológico que consagró a Cuervo en el *Bulletin Hispanique* de Burdeos.

Réstame ahora decir algunas palabras del célebre *Diccionario* de Cuervo. Desde su primera juventud tuvo éste la noble ambición de enriquecer la literatura patria con un trabajo lexicográfico de grande aliento, y emprendió, en asocio de otro sabio lingüista, don Venancio González Manrique, la redacción de un diccionario general de la lengua, que diese grande importancia a la parte etimológica y que ilustrase con ejemplos — como lo había hecho el *Diccionario de autoridades* — el uso correcto de las palabras. Publicaron como muestra dos letras del alfabeto: la L y la M. La empresa no pasó de allí. Cuervo la relegaba entre las ignorancias de la juventud. Sin embargo, esa muestra supera en mucho a las pobres ediciones que de su léxico hacía por entonces la Academia Española, y debe de tener un valor permanente, cuando la reprodujo, no hace muchos años, la *Revue Hispanique* de París.

Después acometió Cuervo, por su sola cuenta, una de las obras más formidables que pueden emprenderse en castellano: el *Diccionario de construcción y régimen*. No sé que en ninguna de las lenguas latinas haya una obra semejante. Aun tratándose del francés, el más disciplinado de los idiomas modernos, la tarea habría asustado a cualquier lexicógrafo. ¿Qué decir del castellano, con la riqueza y variedad de sus giros, con las libertades de su sintaxis, en que se refleja la genialidad de los grandes clásicos, como es de verse en santa Teresa, en Quevedo, en Hurtado de Mendoza, en el propio Cervantes? Cuervo va siguiendo todos los matices del régimen de las palabras, desde los orígenes de la lengua hasta los tiempos modernos,

con tal potencia analítica, que ni la más tenue variedad de sentido o de construcción se escapa a su penetrante mirada. Y todo va copiosamente ejemplificado con autoridades clásicas. Ese diccionario no es solamente la obra de un sabio: es la manifestación de un verdadero genio filológico.

Dos grandes volúmenes, que comprenden las cuatro primeras letras del alfabeto, alcanzó a publicar Cuervo. Durante veinte años los colombianos permanecemos en expectativa, pronunciando por lo bajo la frase melancólica de Virgilio: *Pendent opera interrupta*. La edad, las enfermedades, el desaliento, impidieron que Cuervo aprovechara el enorme cúmulo de materiales que había allegado para la redacción de los volúmenes restantes. Murió su hermano don Angel, su único compañero, el elemento animador de la casa. Cuervo llevaba en París la vida solitaria de un asceta. Además, su probidad científica lo obligó a desconfiar de la exactitud de los textos clásicos publicados en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneira, que le había servido en Bogotá para la selección de ejemplos. Cuando pudo consultar en París las ediciones primitivas, se persuadió de que, si había textos como el de la edición de Quevedo por don Aureliano Fernández Guerra, dignos de fe, otros inspiraban poca confianza; y pensó que tenía que someter a revisión la mole de papeletas que tenía preparadas. Las fuerzas no le alcanzaban. Ciertamente, los editores españoles del siglo XIX solían tomarse extrañas libertades con los textos que reproducían; no sólo alteraban pasajes, sino que modernizaban libros enteros, como ocurrió con las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, de las cuales hizo cierto editor un verdadero *rifacimento*, que dio ocasión a que un crítico, engañado, expresara su admiración por un autor que, escribiendo en el siglo XVII, tenía un estilo moderno. Y vosotros sabéis las vicisitudes que ha tenido la *Crónica* de Bernal Díaz del Castillo, cuyo original auténtico guarda Guatemala como oro en paño.

Es verdad que Cuervo, con su profundo conocimiento de todas las épocas de la lengua, estaba en aptitud de sorprender fácilmente cualquiera novedad sospechosa, cualquiera interpolación arbitraria. De ello dio prueba cuando demostró, de

manera definitiva, mediante un riguroso análisis filológico, que el famoso *Centón epistolario*, atribuido por tantos años al bachiller Gómez de Cibdad Real, es una falsificación, una obra apócrifa, de época posterior a la que se le asignaba. Fui testigo de otro caso curioso. Cuando muy joven llegué a París, Cuervo me dispensó cariñosa confianza, no obstante la diferencia de edades y de posiciones. Un día me dijo: “Estoy leyendo los *Diálogos* de fray Juan de los Angeles, en la edición moderna, y hallo cosas que no parecen de un autor del siglo XVI”. Me mostró varios pasajes; recuerdo que en uno de ellos estaba la palabra *humanitario*, en el sentido moderno que le damos. “No he podido hacer la rectificación, — agregó — porque en la Biblioteca Nacional no está la edición príncipe de fray Juan; le recomiendo que cuando vaya a Madrid, haga la confrontación”. Cumplí el encargo, y resultó lo que Cuervo creía: aquellos pasajes eran remiendos puestos por el editor en el rico brocado del original. De Menéndez Pelayo en adelante, los textos han merecido mayor respeto.

Cuervo es, con Caldas, nuestra mayor gloria científica, porque, como dijo don Marco Fidel Suárez — el último de nuestros grandes filólogos —, en otros ramos del saber hemos tenido profesores eminentes, pero no se han publicado obras que puedan competir con las europeas; en tanto que Cuervo puede ponerse al lado de Emilio Littré. En cuanto a Caldas, demostró, según Menéndez Pelayo, “verdadero genio científico”.

La fama de los libros de Cuervo perdura. En donde quiera que se escribe sobre gramática o sobre filología española, se citan como autoridades la *Gramática* de Bello y Cuervo, las *Apuntaciones críticas* y el *Diccionario de construcción y régimen*, las monografías publicadas en la *Romania* y en otras revistas europeas.

A la circunstancia de haber sido cuna de Cuervo y de Caro, debió probablemente Bogotá el calificativo que se le dio por entonces de “Atenas de la América del Sur”, título exorbitante, que no fue inventado en Colombia, y que los hijos de la capital no aciertan a tomar en serio. Pero si en alguna ocasión pudo significar algo, fue cuando al lado de esos dos grandes varones

florecieron: González Manrique, el consumado lingüista; Ezequiel Uricoechea, profesor de árabe en la universidad de Bruselas, para cuya cátedra tradujo y adaptó la gramática alemana de Caspari; Marco Fidel Suárez, cuyos *Estudios gramaticales* son, con las anotaciones de Cuervo, los dos mejores comentarios de Bello; Emiliano Isaza, autor de la *Gramática práctica* y del *Diccionario de la conjugación castellana*; y tantos otros gramáticos que compendiaron y expusieron la obra de Bello, del cual se pudo decir que había escrito en Chile, pero que sus doctrinas habían fructificado en Colombia. Hasta el gran general revolucionario Uribe Uribe, publicó un diccionario de provincialismos. Agréguese que al propio tiempo vivían y producían, poetas como Pombo, Ortiz, Fallon y el juvenil José Asunción Silva; novelistas como Jorge Isaacs, el autor de *María*; costumbristas como Vergara y Vergara, Caicedo Rojas, Marroquín y Ricardo Silva; publicistas como Mariano Ospina, Manuel Ancízar, Salvador Camacho Roldán y Sergio Arboleda; oradores parlamentarios como José María Samper y Ricardo Becerra; predicadores como Carrasquilla y Cortés; periodistas como Felipe Zapata, Santiago Pérez y Carlos Martínez Silva; historiadores como Groot y Posada Gutiérrez; arqueólogos como Liborio Zerda y Vicente Restrepo; geógrafos y naturalistas como Manuel Uribe Angel y José Triana; astrónomos como Julio Garavito Armero; prelados como Paúl; un hombre de Estado como Rafael Núñez, poeta y pensador que realizó con su pluma la evolución política más trascendental que ha presenciado el país; y tantos otros que sería prolijo enumerar. En todos ellos, no obstante la diversidad de ideas y de tendencias, se advierte la común afición al cultivo correcto y elegante del idioma, uniéndose en este punto tradicionalistas intransigentes como Ortiz, y furibundos revolucionarios como Juan de Dios Uribe y Antonio José Restrepo.

Quedan de esa época publicaciones que se solicitan y aprecian dentro y fuera del país, como el primitivo *Anuario* de nuestra Academia, el *Repertorio Colombiano*, el *Papel Periódico Ilustrado*, y aun colecciones de periódicos como *El Mosaico*, *La Caridad* y *El Tradicionista*. En salones aristocráticos había veladas literarias y artísticas, y se cultivaba el difícil y

exquisito arte de la conversación, ahora tan descuidado. Este conjunto pudo en un día dar la impresión de una modesta Atenas criolla, salvando la distancia infinita que media entre la ciudad de Pericles, cuna de la cultura intelectual y artística del mundo, y la que fundó Jiménez de Quesada en el corazón de los Andes.

Perdonad que por un legítimo sentimiento de amor patrio me haya extendido en el recuerdo de estas glorias pasadas. Muchos de esos nombres os son conocidos, porque he podido apreciar con satisfacción y con agradecimiento, que aquí se sigue con interés el movimiento intelectual de Colombia, y que las estrofas de nuestros poetas, ya antiguos, como Posada y Gutiérrez González, ya modernos, como Silva y Flórez, no son extrañas en labios guatemaltecos. Yo mismo he experimentado vuestra benevolencia hospitalaria; me habéis hecho olvidar que soy extranjero; entre los gratos recuerdos que llevo de Guatemala, uno de los más vivos y duraderos será el que guarde de esta corporación ilustre y de cada uno de sus miembros. Mi ausencia no interrumpirá, así lo espero, nuestra comunicación amistosa y literaria. Desde mi lejano retiro de Bogotá, seguiré vuestras labores con la admiración y el cariño que habéis sabido despertar en mí. ¡Gracias, amigos y colegas!

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.